

| “A dónde voy y a qué”

Luis M^a García Domínguez

Comentamos la expresión ignaciana citada en el título (*Ej* 206, 239)¹, presentando su contexto, profundizando en sus distintos niveles de significado y buscando su vigencia actual. Se trata de un aforismo menor que se refiere a un rasgo mayor de la espiritualidad ignaciana: el de proponer una mirada centrada en un fin al que se supeditan y ordenan otros muchos dinamismos para eficazmente alcanzarlo.

Contexto

La frase que analizamos se encuentra literalmente en las indicaciones para el primer modo de orar recogiendo una de las adiciones² de los Ejercicios:

“Antes de entrar en la oración repose un poco el espíritu, asentándose o paseándose, como mejor le parecerá, *considerando a dónde voy y a qué*. Y esta misma adición se hará al principio de todos modos de orar” (*Ej* 239).³

La segunda adición a que se refiere este texto, y que Ignacio propone para prepararse a cada ejercicio de oración en los Ejercicios, es la siguiente:

“La segunda, cuando me despertare, no dando lugar a unos pensamientos ni a otros, *advertir luego a lo que voy a contemplar* en el primer ejercicio de la media noche, trayéndome en confusión de mis tantos pecados [...]” (*Ej* 74).

¹ Utilizamos estas abreviaturas: *Ej* (Ejercicios), *Au* (Autobiografía), *Co* (Constituciones), *De* (Diario espiritual). Las obras ignacianas se encuentran en SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Obras de —*, BAC, Madrid 1991; el texto de Ejercicios, en: IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales. Introducción, texto, notas y vocabulario por Cándido de Dalmases*, Sal Terrae, Santander 2004, 4ª edición. Las *cursivas* en las citas son nuestras.

² Las adiciones son recursos ignacianos para hacer mejor los Ejercicios; ver AA. VV., “*Adiciones para mejor hacer... y para mejor hallar...*” [73-90]: Manresa 69 (1997) 105-155.

³ Dalmases sigue a Polanco y corrige el texto ignaciano para referirlo a la tercera adición; pero los paralelos nos remiten más bien a la segunda adición, lectura que conserva, por ejemplo, Calveras.

Esta misma adición que propone el texto para los ejercicios de la primera semana debe ser acomodada en las siguientes semanas:

“En todos los ejercicios [...], se tomará el equivalente de la segunda adición, de la manera que se sigue: luego, en acordándome que es hora del ejercicio que tengo de hacer, antes que me vaya, *poniendo delante de mí a donde voy y delante de quién*, resumiendo un poco el ejercicio [...]” (Ej 131).

“En esta tercera semana [...], la segunda [adición] será, luego en despertándome, *poniendo delante de mí a donde voy y a qué*, resumiendo un poco la contemplación que quiero hacer, según el misterio fuere; esforzándome, mientras me levanto y me visto, en entristecerme y dolerme [...]” (Ej 206).

“En esta cuarta semana [...] la segunda [adición] será, luego en despertándome, *poner enfrente* la contemplación que tengo de hacer, queriéndome afectar y alegrar [...]” (Ej 229).

No sólo la segunda adición, sino las cuatro primeras ayudan muy directamente en los momentos del comienzo de la oración, de modo que cada una enlaza con la siguiente y así va facilitando el ejercicio que se hará como acto intencional; por eso las cuatro mantienen cierta semejanza con el texto que analizamos:

214

“La primera adición es, después de acostado, ya que me quiera dormir, por espacio de un Avemaría pensar a la hora que me tengo de levantar, y *a qué*, resumiendo el ejercicio que tengo de hacer” (Ej 73).

“La tercera, un paso o dos antes del lugar donde tengo de contemplar o meditar, me pondré en pie, por espacio de un Pacer póster, *alzado el entendimiento arriba, considerando cómo Dios nuestro Señor me mira*, etc.; y hacer una reverencia o humillación” (Ej 75).

“La cuarta, entrar en la contemplación, cuándo de rodillas, cuándo postrado en tierra, cuándo supino rostro arriba, cuándo asentado, cuándo en pie; *andando siempre a buscar lo que quiero*” (Ej 76).

Significado

El *dónde* es un adverbio que refiere a un lugar físico, pero también a un ámbito, a una situación, a un lugar social, cultural o espiritual. El que considera *a dónde va* se imagina en camino hacia algún nuevo espacio físico, mental, motivacional o existencial.

El que considera a qué va puede anticiparse a la situación y situarse mejor en ella

Para Ignacio de Loyola, el *dónde* puede señalar el lugar en el que se puede edificar al prójimo, haciendo la peregrinación (Co 77) o sirviendo en hospitales (Co 240) y, en general, cualquier lugar donde servir al Señor (Co 245, 304); por eso lo es también el oficio donde se puede ejercitar la virtud (Co

282), y la misma vida religiosa (Co 30). Para el peregrino Ignacio, el *dónde* es primordialmente el lugar al que se dirigen sus pasos, la Jerusalén soñada como lugar de encuentro con su señor Jesús (Au 36, 42), destino del que muchos le quieren disuadir (Au 40). Pero Ignacio se hace peregrino interior, pues tiene también que frecuentar “lugares” de otro nivel; de este modo, el *dónde* será en el momento de la prueba como el sitio misterioso y esquivo donde se oculta la gracia del Señor (Au 23). Aunque más adelante en su camino ese lugar divino se vislumbra más cercano y ya no inquieta, sino que atrae poderosamente: *¿dónde me queréis, Señor, llevar?*⁴

El *qué* es un pronombre que remite a una situación, un encuentro, una actividad de cierta relevancia. Una persona que advierte *a qué va* se pone en mejor disposición de responder en una circunstancia nueva, de establecer adecuadamente una relación significativa; una situación que puede referirse a cualquiera de *las otras cosas sobre la haz de la tierra* (Ej 23), que constituyen la circunstancia de la criatura y son la mediación ordinaria para todo servicio y alabanza de Dios. El que considera *a qué va* puede anticiparse a dicha situación y situarse mejor en ella, pues se hace consciente del encuentro con la persona divina y del *para qué* de esa situación⁵. La adición, así, mentaliza y ambienta al ejercitante para adaptar su pensar y su sentir a ella, disponiéndose de cabeza y de corazón para una actividad y una relación que a su vez actuará sobre el ejercitante.

Explicitando un poco más el significado ignaciano de este aforismo, podemos decir que quien considera *a dónde voy y a qué*, busca que todas sus *intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas* (ver Ej 46). Veamos cómo sucede esto.

– En primer lugar, la expresión tiene el *sentido directivo* de orientar las *intenciones del sujeto* que, por este significado intencional, escoge unos fines para su acción y pretende alcanzar un horizonte determinado, se dirige en alguna dirección, se propone una meta. Una persona así no tiene el entendimiento partido (Ej 20), sino unificado en *todo*. La persona que sabe *a dónde va y a qué* clarifica su intención: qué quiero hacer en ese lugar, qué quiero decir a esa persona, qué pretendo con este encuentro. La intención clarificada esquiva los obstáculos, aprovecha las oportunidades, decide el mejor camino, persevera hasta el final. Una intencionalidad consciente y libre es un poderoso motor de crecimiento.

⁴ De 113; es, pues, el “lugar” al que Dios lleva, y donde Él quiere ser hallado (De 114, 119, 131).

⁵ En los Ejercicios la preposición *para* es muy frecuente (aparece unas cincuenta veces) y señala la finalidad de las acciones y operaciones propuestas en el texto. Nuestro aforismo podría también leerse así: “a dónde voy y para qué”.

*Ignacio tiene una fuerte
mentalidad finalística;
su espiritualidad está
siempre orientada y
ordenada a algún fin*

– Pero, en segundo lugar, esta advertencia o consideración ordena también las *operaciones*, pues activa en el sujeto las dinámicas psíquicas y espirituales (las del Espíritu), haciendo que todas las fuerzas de su psiquismo se incorporen a los dinamismos de la gracia para trabajar juntos al servicio de una actividad totalizante como es la oración. En ella se movilizan operaciones intelectuales, pues el ejercitante debe *advertir* (Ej 74), *considerar* (Ej 75), *poner delante o enfrente* (Ej 206, 229), *resumir* el ejercicio (Ej 131, 206). Pero también se activan operaciones de la voluntad (sentimientos y decisiones), mediante ejemplos coloristas, para sentir *vergüenza* y *confusión* (Ej 74), para *desear* conocer al Señor encarnado (Ej 130), *esforzarse en entristecerse* y *dolerse* (Ej 206), para *afectarse* y *alegrarse* (Ej 229) y para *reposar un poco el espíritu* (Ej 239).

– En tercer lugar, y en un inmediato *sentido práctico*, la expresión que comentamos procura unas *acciones* adecuadas para ese momento determinado; acciones físicas (como la postura para orar), o acciones imaginadas (como lo que “hará” en su composición de lugar, en su meditación o en su contemplación). Se trata de una técnica práctica y sencilla para la concentración de la atención y el esfuerzo que el ejercitante practica en casi todos sus ejercicios de oración⁶, especialmente al levantarse del sueño. Con ella se busca la disposición adecuada para no dificultar la acogida de la gracia de Dios, tanto en el silencio habitado de la “soledad sonora”, como en la celebración en común, el ejercicio de la caridad o el apostolado.

Ignacio de Loyola, en su madurez, es una persona que sabe muy bien *a dónde va y a qué*. Si primero se movió por la vanidad y el honor⁷, luego el convertido de Loyola no cede ante las presiones familiares, sino que persevera “en sus buenos propósitos” (Au 11)⁸; peregrina siempre “caminando su camino derecho”, incluso en medio de ejércitos en lucha (Au 51); y una vez que “se determinó de ir a París a estudiar” no hay amenaza que le retraiga de hacer su camino “solo y a pie” (Au 71-73). Ignacio tiene un propósito y

⁶ Ej 74, 131, 206, 229, 239.

⁷ Cuando “determinaba seguir el mundo” y “se determinó a martirizarse por su propio gusto” para curarse el hueso que le afeaba: Au 4.

⁸ La *Autobiografía* señala la presencia de estos *propósitos* (en singular o plural) como horizonte final para muchas decisiones ignacianas; por ejemplo, emprender una vida de peregrino penitente, quedarse en Jerusalén, servir como criado para poder estudiar, conservar a los primeros compañeros (Au 11, 17, 27, 45, 46, 71, 75, 82). Ignacio también percibe los *propósitos* que mueven a otras personas (Au 61, 78, 80, 97).

lo sigue con todas sus energías psíquicas, movilizado para la lucha espiritual, la virtud personal, el estudio o el apostolado⁹.

Actualidad del aforismo

Una expresión breve, concisa y certera, como en el caso que comentamos (*a dónde voy y a qué*), siempre es fácil de recordar y atractiva para una sentencia; algunos directores espirituales la plantean frecuentemente con fruto a sus acompañados. Pero este aforismo no forma parte de un texto fundamental de san Ignacio, ni se repite con frecuencia en sus textos ni en documentos posteriores de la tradición ignaciana.

Sin embargo, la idea que subyace al aforismo sí es central en la antropología, en la pedagogía y en la espiritualidad ignaciana, como hemos querido mostrar. Ignacio tiene una fuerte mentalidad finalística, y su espiritualidad está siempre orientada y ordenada a algún fin; y por eso la movilización de la intencionalidad consciente de una persona es una fuerte palanca de conversión, de cambio y de seguimiento. Estos elementos aparecen en la segunda *adición* de los Ejercicios (*Ej 74*), en la que se propone centrar la atención y la intención, pero también suscitar y movilizar operaciones racionales y afectivas para alcanzar el fin que se pretende, que es el fruto de cada ejercicio (según la petición y el coloquio) y que últimamente consiste en la acogida de la gracia particular de Dios.

El aforismo que nos ocupa no formula altos contenidos conceptuales ni un profundo mandato moral; simplemente invita a la advertencia espiritual¹⁰, a la lucidez, a la conciencia en los propósitos en un modo afectado y sentido. Es un recurso práctico que facilita una actitud vital (un estilo psíquico) y un estilo espiritual.

En cuanto *recurso práctico*, su planteamiento formal resulta útil ante cualquier tarea o cambio de escenario, especialmente ante situaciones de cierta importancia, y anticipa¹¹ una realidad futura, dotando al sujeto con mayor conciencia y preparación, que redundará en un más alto grado de eficacia y de satisfacción personal.

Más allá de un recurso práctico puntual, también favorece o educa una cierta *actitud vital* o un *estilo personal* caracterizado por la conciencia de

⁹ *Au* 14, 17, 26, 29, 50, 71, etc.

¹⁰ Se trata de palabras de alta incidencia en la *Concordancia* ignaciana: *advertir-advertencia* (55 veces en total, 23 de ellas en Ejercicios); *considerar-consideración* (105 veces en total, 57 de ellas en Ejercicios).

¹¹ En psicología actual, la *anticipación* se considera un mecanismo altamente adaptativo y maduro.

sí y del entorno, la lucidez en los objetivos, la integración de fuerzas psíquicas orientadas a metas, la estabilidad en las decisiones. Aunque vivir siempre en la plena conciencia puede significar en algunos una hipervigilancia enfermiza (pues también necesitamos del juego, la despreocupación y la regresión al servicio del yo), la aplicación adecuada de esta *adición* a las ocasiones relevantes de la vida favorece una madurez integradora y sosegada, un estilo consciente, asertivo y estable. Una persona así capta pronto la parte de motivación que se le produce al nivel meramente instintivo o de las necesidades básicas; y, así, constata su tendencia innata a la gratificación de esas necesidades casi biológicas, percibe sus movimientos agresivos y sexuales, siente sus deseos de triunfo y de éxito, de búsqueda de compensación, de retraerse o de esconderse, de amar o ser amado.

Pero este estilo personal permite, además, crecer en un *estilo espiritual* caracterizado por el discernimiento para distinguir entre esas “mociones” naturales y las mociones del buen espíritu. A pesar de las distintas presiones psíquicas que experimenta, el sujeto puede optar (*¿a dónde quiero ir y a qué?*) por moverse en otro nivel de operaciones, por no gratificar meramente esos impulsos que siente, por escoger libremente sus fines y motivos; y así elige (*quiero y deseo y es mi determinación deliberada: Ej 98*) ser humilde en vez de ser narcisista, ser compañero en vez de ser señor, hacer el bien en vez de buscar su bien, servir en vez de ser servido. El discernimiento lúcido clarifica los distintos fines entremezclados en la naturaleza humana y así permite elegir o *abrazar el mejor* (*Ej 149*).

Este estilo espiritual está caracterizado también por aplicar esta autoconciencia al discernimiento espiritual de *todas las cosas particulares* (*Co 288*), y a la elección continua de *lo que más nos conduce para el fin* (*Ej 23*), mediante estas u otras cuestiones: *¿a dónde voy y a qué?*; *¿qué busco con esta acción?*; *¿qué beneficios extraigo de esta relación, de esta actividad, este viaje, esta compra, este modo de descanso?* La visión de la realidad contemplada desde esta perspectiva no se desconcierta por las ambivalentes motivaciones personales ni desprecia las multicolores realidades humanas. Pero el que así vive tampoco se deslumbra por atractivos parciales sino que, adoptando una suerte de postura mística, taladra la apariencia de la realidad para penetrar en lo que de verdad la fundamenta; y así termina dirigiendo su mirada al que “mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura, y, yéndolos mirando, con sola su figura, vestidos los dejó con su hermosura”¹².

¹² SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción 5ª.

Esta actitud no implica alejarse de la realidad, sino que puede llevar a implicarse más profundamente en ella, pues ofrece lucidez y libertad para *quitarse* o para *usar* de las cosas (Ej 23). Y, así, la respuesta a nuestra pregunta (*¿a qué?*) puede ayudar a discernir afecciones desordenadas, a confirmar a los íntegros, a dar seguridad a los dubitativos y a fortalecer a los pusilánimes¹³. Y también proporciona algo muy importante para una espiritualidad apostólica: otorga una gran libertad al que busca limpiamente *en todo* la voluntad de Dios, como se muestra en el discernimiento ignaciano sobre el confesor del rey de Portugal¹⁴.

Pero este ideal deseable no puede ser resultado de una ascética esforzada, sino sólo fruto de la suave colaboración con la gracia¹⁵; por lo que la persona discreta en la vida espiritual no pretende adquirir demasiado pronto esta mirada mística; basta que de vez en cuando se pregunte qué busca y dónde lo busca, a dónde va y a qué. Y con esa simple cuestión proseguirá *de bien en mejor subiendo* (Ej 315), siguiendo su camino de peregrino pobre y humilde hasta la Jerusalén que el Señor le señale. Y este esforzado y humilde creyente que camina lúcidamente por sí mismo (*voy*), poco a poco se encontrará con que es llevado por donde no sabe hacia quien le atrae poderosamente: *¿dónde me queréis, Señor, llevar?*¹⁶ Y así irá entrando poco a poco en el *dónde* y en el *qué* de su descanso y consuelo.

¹³ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Cartas a Andrés Galvanello, Juan Nuñez Barreto, Emerio de Bonis y Felipe Leerno*, en *Obras de —*, BAC, Madrid 1991, pgs. 969, 972, 1006-1007, 1093-1094. El análisis de estas situaciones ilustra muy bien un discernimiento de segunda semana que busca las motivaciones profundas de las personas.

¹⁴ SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Carta a Diego Miró*, de 17 de diciembre de 1552, en *Obras de —*, BAC, Madrid 1991, pgs. 929-932.

¹⁵ Ver SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Carta al doctor Alfonso Ramírez de Vergara*, de 30 de marzo de 1556, en *Obras de —*, BAC, Madrid 1991, pg. 1086.

¹⁶ *De* 113; expresiones en *De* 113-115: “me parecía que era guiado”, “ofreciendo me guiase y me llevase”; “siguiendoos, mi Señor, yo no me podré perder”; “creciendo seguridad”, “con una tranquilidad y descanso del ánima”.